



El cantor de Bolívar

Edelberto Torres

Francisco Gavidia, algunos años mayor que Darío, además de inspirado poeta, es un hon-do conocedor de lenguas clásicas y modernas. En América se está en la era de Hugo, y Gavidia lo conoce más que todos en Centroamérica. Su fino oído ha percibido en el verso alejandrino francés una armonía más rica, que procede del ritmo más cambiante como efecto de la diversa posición de los acentos y de la movilidad de la cesura. El alejandrino español es rígido y monótono por su estructura inflexible, debido a la fijeza de sus acentos.

El propio Gavidia no apreció el valor rítmico del alejandrino francés cuando su profesora le leía poemas franceses; entonces le sonaban a “prosa distribuida en renglones iguales”. Pero cuando se familiariza con la lengua gala y se deleita con *Les chatiments*, de Víctor Hugo, experimenta un estremecedor deslumbramiento, y quiere que sus amigos participen del conocimiento de la novedad. Primero lee los alejandrinos franceses a los intelectuales de más edad, a los señores doctores que conocen el francés, tales como Manuel Delgado, Darío González, Santiago Ignacio Barberena y Dr. Urbano Palacios; a los de un poco menos edad, poetas y escritores como Antonio Najarro, Calixto Velado, Manuel J. Barriere, J. Mariano Cáceres, Belisario Calderón, y en fin, a sus coetáneos Rafael Cabrera, Napoleón F. Lara, Miguel Plácido Peña, Joaquín Méndez, Joaquín Aragón y Manuel Mayorga. Pero todos los oyen como a la lluvia que cae. También los lee a Rubén Darío y éste escucha con la atención que merece un suceso extraordinario. Su oído percibe en el noble metro huguesco una modalidad estructural inexistente en español. El humilde cuarto de Gavidia se convierte en capilla que Rubén frecuenta, a veces acompañado de Mayorga Rivas y Joaquín Méndez o con otros, o solo, que es lo que prefiere cuando quiere oír más lecturas de Víctor Hugo hechas por Gavidia, y examinar con el texto en la mano verso a verso para verificar las primeras impresiones. No hay duda, dos sucesos trascendentales han tenido lugar un día -¡luminosas e ignoradas calendas de la cultura hispánica!-. Gavidia ha hecho un hallazgo extraordinario, y Darío ha concebido la innovación de la poesía en habla española.

Un verso golpea sus ojos de manera especial; es un alejandrino de dos palabras:

Rebruniquerait, Nabuchodonosor.

Inmediatamente se absorbe en el empeño de construir alejandrinos franceses con materiales castellanos. Las hojas de papel se van yuxtaponiendo y está lejos del fin cuando ya tie-

ne un mamotreto cuajado de versos. Deseoso de mostrarlos a Gavidia, va a su casa. El descubridor del secreto métrico reconoce que Darío acaba de vaciar la melodía del español en el molde del alejandrino francés. A su vez se asombra de ver versos como éstos:

No le temas, ¡oh yerba que desconoce el prado!

témele tú, robusto monocotiledón.

Embrujado de contento Darío no cesa de ensayar en español el alejandrino a la francesa, y un poema que acaba de escribir lo lleva al DIARIO DEL COMERCIO. Allí están Mayorga Rivas, co-fundador de ese periódico, y su compañero Francisco Castañeda, un hombre ilustrado que se sabe bien su Quintiliano y mejor a su José Gómez de Herosilla. Para qué decir que no ignora el *ART POETIQUE* de Boileau y mucho menos la “Epístola a los Pisonos” de Horacio, y por desgracia lo que más sabe es lo que ha leído en un preceptista español, que el castellano no admite versos de catorce sílabas; y he ahí a ese mozalbete que le presenta un poema en ese verso vitando, a quien admira por los poemas que ha publicado, como esa imitación de autores clásicos que es “La poesía castellana”, que ha leído en la *ILUSTRACION CENTRO-AMERICANA*; pero no vence su repugnancia y apenas da acogida a su poema en la página de anuncios comerciales del *DIARIO DEL COMERCIO*. Gavidia lo lee allí y es él ahora quien no domina su enojo y se encamina hacia Castañeda para protestarle. De todas maneras, ese rincón periodístico de anuncios fenicios, queda iluminado con la luz de gloria por ser la ubicación del primer poema en versos alejandrinos a la francesa publicados en español.

La reforma métrica de la poesía castellana se inicia así en una casa de San Salvador, 8a. Calle Poniente, antaño avenida de San José. Gavidia explota también la mina que ha descubierto y traduce primero el poema de Hugo “Stella”; después compone un poema original que titula “El idilio de la selva”, en la forma que, según su ya respetable autoridad, debe ser la del alejandrino francés en la poética española.

Se opera en San Salvador uno de los incidentes que originan corrientes filosóficas, artísticas, literarias o científicas, que cambian el panorama de un aspecto de la cultura y a veces de toda ella. Un muchacho observa que la tapa de una cafetera se mueve al impulso de expansión del vapor de agua, y de esa nimia observación arranca la revolución industrial que transforma la civilización. El descubrimiento de Gavidia no es de tamaño extensión, pero tiene significado en la cultura literaria de millones de hablan-

tes de español, pues para mayor gloria de esa cultura, Rubén Darío, está allí con aptitud de capitalizar el venturoso hallazgo.

El doctor Zaldívar no es centroamericanista cordial, pero finge serlo. El pueblo salvadoreño fue el más adicto al general Morazán, paladín de la Nacionalidad, de 1829 a 1842, y Zaldívar cedió a la presión popular auspiciando la erección de una estatua al gran republicano, con el máximo de solemnidad el 15 de marzo de 1882. En el acto de la inauguración, Alvaro Contreras pronuncia el discurso oficial, que resulta ser una de las piezas oratorias más hermosas que han dicho labios centroamericanos.

El decreto ejecutivo dice que “El 15 de marzo se declara de hoy en adelante gran fiesta cívica nacional”: Por eso en tal día de 1883 el pueblo y autoridades están congregadas ante el monumento al prócer de la nacionalidad centroamericana, ofreciéndole el homenaje de su fervida admiración. Los que asistieron a la inauguración sienten que el tímpano les vibra de nuevo al recordar el discurso del verboso Contreras. “Estamos ante la personificación en bronce del primer héroe centroamericano. El cincel del artista ha venido a inmortalizar la noble imagen del hombre extraordinario que por maravillosa manera supo improvisarse el señor de la victoria, el numen del patriotismo, el genio de la libertad, el inmortal favorito de la gloria. Desde que Morazán entra en escena deja de ser un hombre para convertirse en una misión...” La banda militar ejecuta marchas de guerra, los escolares sacan de sus gargantas el “Himno a Morazán”, los ¡hurras! al dios lar de la Patria centroamericana, contagian de entusiasmo cívico a Rubén, que está presente con otros intelectuales, y también ofrece su homenaje al héroe con el soneto “Ante la estatua de Morazán”:

Allá en la hermosa tierra del Oriente,

cuando Febo sus rayos encendía

la estatua de Memnón frases decía

en un lenguaje incomprensible, ingente.

Cuando de Unión el Sol resplandeciente

en su orto anuncia el venturoso día,

que el Centro de la América sonría

y llene de entusiasmo un Continente,

y cuando el grito por doquier se extiende

que dé la Buena Nueva a todo el mundo

y en cada pecho el patriotismo encienda,

con ardimiento fervido y profundo:

un himno cantará de gloria entonces

lleno de vida el insensible bronce!

Bellos días de su adolescencia vive el poeta, pero he aquí que su imaginación y su libido de consuno lo lanzan a una aventura.

Vive en el mismo hotel que él habita, una bella artista que goza de los favores presidenciales. Rubén la ha visto y admirado, y una noche, los amigos que suelen acompañarlo se retiran, se acuerda de la diva, y con la audacia que le da el alcohol se va a su cuarto con la intención de hacerle un amoroso reclamo. Un escándalo es lo que provoca y una reacción desfavorable de Zaldívar, que envía al director de Policía con recado muy diferente del primero:

-Joven, aliste sus maletas, y de orden del señor Presidente, sígame.

Y lo conduce al Instituto Secundario de que es director el doctor Rafael Reyes.

-Que no deje usted salir a este joven, que lo emplee en el colegio y que sea severo con él.

Rubén dice para sí:

-Estoy perdido.

Y el director:

-Amiguito, no encontrará usted en mi severidad, sino amistad; pórtese bien; dará usted una clase de gramática. Eso sí, no saldrá usted a la calle, porque es orden estricta del señor Presidente.

Y por primera vez en su vida ejerce funciones docentes “el ser menos pedagógico del mundo”. Su curso de gramática consiste, más que en enseñar ortografía, sintaxis y prosodia, en declamar versos propios y ajenos. También se dedica el novel pedagogo al extraño solaz de magnetizar a sus discípulos. Cierta vez, la influencia magnética es tan profunda que el dormido no despierta sino cuando a otro se le ocurre echarle agua. Varios meses está nuestro poeta en este encierro. El doctor Reyes le quiere bien es hombre de letras, historiador y aun hace versos.

Pocos meses, pero que él los siente largos como años, permanece cumpliendo la sanción presidencial, libre del encierro vuelve a los carriles en que su vida bohemia gusta más transitar.

No cabe duda que Joaquín Méndez que conoce la penuria crónica de Rubén, procura acercarlo de nuevo al Presidente ¿Y cuál es el recurso para un poeta pobre, y tan joven, si no es ofrecer versos a quien ya lo ha protegido?

Rubén corresponde a la insinuación de su amigo con una carantoña lírica en estrofas de atrevida forma, pues son duodécimas heptasílabas, con los versos 2º y 4º, 8º y 10º y 6º y 12º. consonantes y los demás libres y esdrújulos. La “Alegoría” debe agradar a Zaldívar, que es dibujado en ella como hábil piloto que conduce airoso la nave del Estado. Darío usa un tono novedoso dentro de su producción.